

# LA VICTORIA DE PAVÍA

Por Angel de Saavedra, Duque de Rivas

Edición electrónica de [capitancontreras@hotmail.com](mailto:capitancontreras@hotmail.com) Febrero de 2002

## AL SEÑOR DON MARIANO ROCA DE TOGORES

### ROMANCE PRIMERO

#### PESCARA Y LOS ESPANOLES

De la sitiada Pavía,  
desde las gigantes torres  
que el bravo Antonio de Leiva  
guarda con sus españoles;

entre nubes de humo y polvo  
do arcabuces y cañones,  
de rayos llenan el aire,  
de truenos el horizonte,

se ve la horrenda batalla  
en que disputan feroces  
Francisco y Carlos el cetro  
de Italia y de todo el orbe.

Dos veces más numerosos  
los franceses escuadrones  
son, que los que allí combaten  
de Carlos Quinto en el nombre.

Y aquéllos a su cabeza,  
con lo que valen al doble,  
tienen a su rey Francisco,  
monarca de excelsos dotes.

Pues en valor y en destreza,  
y en caballeroso porte,  
quien le exceda y sobrepuje  
el mundo no reconoce.

Al ejército del César,  
si la ventaja nególe  
el Cielo de ver al frente  
a su soberano entonces,

le dió la de que lo rija  
el aventajado y noble  
marqués de Pescara invicto,  
guerrero de alto renombre.

Y si es en número escaso  
y viene de galas pobre,  
también con la fama cuenta  
de los tercios españoles.

\*

La francesa artillería,  
cuyo número era enorme,  
deshace apretadas filas,  
espesas hileras rompe,

y cual tempestad horrenda  
llena de pavor el orbe,  
borrando el son de las trompas  
y de los cabos las voces.

Mas las imperiales huestes  
desprecian el fuego, y corren  
a que decida el combate  
de la dura lanza el bote.

Y de Nápoles embiste  
el visorrey a galope,  
de hombres de armas y ligeros  
con los bravos escuadrones.

El rey de Francia los suyos  
numerosísimos pone,  
mas cual bisoño caudillo,  
para la batalla en orden.

¡Cuán gallardo y rozagante,  
augusto, lozano y joven  
oprime un tordo rodado  
que a tal dueño corresponde!

De morado terciopelo  
y brocado de oro, sobre  
el arnés fúlgido, lleva  
veste de ricas labores.

Efes de oro son y lises,  
que deslumbran como soles,  
y de oro y morada seda  
lazos, borlas y cordones.

En el alto capacete,  
del viento halago y azote,  
amarillos y morados  
vuelan flexibles airones.

Y en medio de ellos descuella  
una flecha de oro, donde  
primoroso pendoncillo  
un claro emblema propone.

Bordada una salamandra  
que en vivo fuego se esconde,  
es el cuerpo de la empresa  
y «modo et non plus» el mote.

El almirante de Francia,  
personaje de alto nombre;  
el gran príncipe de Escocia,  
gallardo y hermoso joven;

el príncipe de Navarra;  
de San Pol el bravo conde;  
el mariscal Montmorency,  
y otros insignes señores,

le acompañan y le sirven,  
con él las filas recorren,  
y con él al campo abierto  
salen a esperar el choque.

\*

Terrible fué; parecía  
que se encontraban los montes,  
que se desplomaba el cielo  
y que caducaba el orbe.

Mas, ¡ay!, las fuerzas de Francia  
eran en número dobles,  
y el valor no hace imposibles,  
aunque el valor los arrostre.

Si bien del virrey la lanza  
dió al almirante fin noble;  
si bien insignes franceses  
cayeron de los arzones;

si bien resisten constantes,  
como murallas de bronce,  
los imperiales jinetes,  
al cabo, al cabo... eran hombres.

Muere del rey en la lanza  
el desventurado joven.  
a quien Cívita-Santángel  
por su marqués reconoce.

El mismo Alarcón, a tierra  
vino de una maza al golpe,  
como cae gigante pino,  
cual se desploma una torre.

Y a pie combate y resiste  
dando tajos y mandobles,  
y a su vigor y destreza  
debió no morir entonces.

El del Vasto en gran peligro  
se ve entre diez borgoñones,  
y tiene que abrirse paso  
con la punta del estoque.

Todo es muerte y exterminio;  
cuatro jinetes se oponen  
a cada jinete nuestro,  
sin que la lid abandone.

Y ya no queda esperanza

de que a la victoria logren  
seducir tan alto esfuerzo,  
y tantas hazañas nobles,

cuando el capitán Quesada  
en el combate lanzóse,  
seguido de cien certeros  
arcabuces españoles.

Y con tanto tino asesta  
sus rayos atronadores,  
que a los contrarios asombra  
y en retirada los pone.

\*

En tanto, por otra parte  
otros frescos escuadrones  
de bien montados franceses,  
«Francia» apellidando a voces,

arrollando cuanto encuentran,  
con la lanza en ristre corren,  
y a los tercios de la Italia  
vencen, deshacen y rompen.

Los esguízaros que siguen  
de la Francia los pendones,  
a reforzar el combate  
presurosos se disponen.

Y hasta el mismo rey Francisco,  
con nuevo escuadrón a trote,  
va a asegurar la victoria  
que ya suya reconoce.

El gran marqués de Pescara  
que lo advierte, decidióse,  
confiado en su fortuna,  
a aventurar todo entonces;

y con risueño semblante  
a los tercios españoles  
torna, y animoso dice:  
«¡Ah de mis fuertes leones!

»Vuestro debe ser el día;  
allí donde más feroces  
los enemigos se agolpan,

allí hay laureles mayores.

»Venid conmigo a cogerlos,  
vuestras frentes solas logren  
coronarse con sus ramas  
entre tan varias naciones.»

Vivas que asordan el aire,  
y seis mil bravos acordes  
lanzan (sonoroso grito  
de ansia, de gloria y renombre),

fué la respuesta. Y al punto  
con celeridad movióse  
de picas y de arcabuces  
un espesísimo bosque.

Al momento la fortuna,  
tan indecisa hasta entonces,  
en las imperiales huestes  
los mudables ojos pone.

Y del pendón de Castilla  
los gloriosos resplandores  
encantaron sus miradas  
y en su favor declaróse.

\*

Los arcabuces de España  
no hay fila que no destrocen,  
no hay caballo que no ahuyenten,  
no hay guerrero que no postren.

Y las picas españolas  
no hay escuadra que no arrollen,  
embate que no resistan  
ni desnudo que no asombren.

Huyen de su ardiente brío,  
de sus balas y sus botes,  
los franceses, hombres de armas,  
y los ligeros peones.

Y los esguízaros huyen  
en confusión y desorden,  
y huyen los nobles jinetes,  
y huye el rey mismo a galope,

y de un ejército inmenso  
que ya vencedor juzgóse,  
triunfa el marqués de Pescara  
con sus seis mil españoles.

\*

Este valiente caudillo,  
cuyo esfuerzo no conoce  
rival en el ancho mundo,  
más alta empresa dispone;

y ordenando que el alcance  
prosigan los vencedores,  
y que los tudescos vengan  
a sostenerlos veloces,

junta a varios caballeros  
y de armas a algunos hombres,  
que escaramuzando andaban  
sin jefes y sin pendones;

y poniéndose a su frente,  
y requiriendo el estoque,  
en un escuadrón lejano  
que el rey Francisco recoge,

para tornar donde pueda  
dejar bien puesto su nombre,  
al grito de «¡Cierra España!»  
con nueva furia lanzóse.

\*

En tanto, Antonio de Leiva,  
que la ventaja conoce  
de las fuerzas imperiales,  
cual raudo torrente rompe

por las puertas de Pavía;  
y cayendo osado sobre  
la retaguardia francesa,  
en grande aprieto la pone.

Ya es de Carlos la victoria.  
Ya los tercios españoles,  
como el huracán que arrasa  
los enmarañados bosques,

abriéndose en un momento  
ancha calle a sus furores,  
no ven ya en su paso estorbo,  
no encuentran quien los afronte.

Pero en medio de su triunfo,  
con pasmo y con dolor oyen  
de que su Pescara es muerto  
correr las siniestras voces.

Es cierto que no parece  
desde que, con pocos hombres  
de armas, le vieron lanzarse  
con tanto denuedo donde,

aún trabada la pelea,  
reina confuso desorden.  
Vengarlo, pues, juran todos,  
y allá revuelven feroces.

Cuando entre el polvo y el humo  
ven aparecer al trote,  
al victorioso caudillo  
de sus esperanzas norte.

\*

Mas, ¡oh Dios, en cuál estado!  
Herido su rostro noble,  
pasado el brazo siniestro  
de una lanza al duro bote;

el coselete partido  
y atravesado del golpe  
de una bala, que parece  
que fin a sus glorias pone.

Y el tordillo, moribundo,  
herido en cuello y quijotes,  
un raudal de negra sangre  
derramando a borbotones.

Las españolas escuadras  
quedan al mirarlo inmóviles,  
y el placer de la victoria  
en llanto y dolor tornóse.

Al cabo llega Pescara  
sin que la muerte le asombre,

y dice con voz tranquila  
partiendo los corazones:

«¿Por qué os detenéis, amigos?  
Valerosos españoles,  
pues ya es vuestra la victoria,  
nada mi falta os importe.»

Desplómase el tordo en tierra;  
dos capitanes recogen  
al general en los brazos,  
y Vega, su gentilhombre,

del sangriento coselete  
le desencaja los broches,  
Y ve..., ¡oh placer!, que la bala,  
causa de tantos temores,

aplastada contra el pecho,  
leve contusión esconde;  
del coselete, sin duda,  
en los adornos de bronce

perdió su temible fuerza;  
o por dicha disparóse  
desde tan lejos, que trajo

escasa violencia eL golpe.

Reanímense los soldados,  
por milagro reconocen  
dicha tan grande, y en «vivas»  
prorrumpen y alegres voces.

Y repuesto el mismo herido,  
que traspasado juzgóse,  
de la contusión del pecho  
por los agudos dolores,

«¡Bendito sea Dios!», exclama.  
Armase de nuevo, y sobre  
otro corcel restablece  
en las escuadras el orden.

Y en las márgenes floridas  
del manso Tesin, por donde  
se retiran derrotados  
de Francia los escuadrones,

sembrando exterminio y muerte,  
aparecieron veloces  
el gran marqués de Pescara  
y los tercios españoles.

## ROMANCE SEGUNDO

### EL ESTANDARTE ANTE TODO

Del Tesin en las orillas  
quiere hacer su último esfuerzo,  
vencido y avergonzado  
el rey Francisco Primero.

Sus numerosas escuadras  
dispersas ve y sin aliento,  
y fuerzas aún poderosas  
en confuso desconcierto.

Con el estoque en la mano  
de cálida sangre llenó,  
pues soldado fué valiente

si no fué caudillo experto; -

deslucidas ya sus galas,  
deslustrados sus arreos,  
y abollados de los golpes  
el capacete y el peto;

en su corcel, que de espuma,  
de sangre y sudor cubierto,  
cruza fatigado el campo,  
obediente a espuela y freno;

solo y sin séquito corre

llamando a sus caballeros,  
denosta sus fugitivos,  
recoge algunos dispersos,

y revuelve valeroso  
a escaramuzar ligero,  
pensando que aun algo puede  
con su valor y su ejemplo.

Todo en vano; la fortuna  
la espada y rostro le ha vuelto,  
y hasta las heces el cáliz  
beberá del vencimiento.

De Alarcón los hombres de armas  
vestidos de tosco hierro,  
los del virrey denodados  
y los de Borbón soberbio,

y entre el tropel de jinetes  
mezclados arcabuceros  
españoles, cuyas balas  
tienen prodigioso acierto,

del rey de Francia, infelice,  
invalidan los esfuerzos,  
y hacen sordos a sus voces  
a los franceses guerreros.

\*

El despechado monarca  
del desapiadado cielo  
tenaz resistencia opone  
al inmutable decreto.

Y retirarse ordenados  
a sus esguízaros viendo,  
del Tesin a un ancho vado,  
donde su fin va a ser cierto,

vuela a ponerse a su frente  
para advertirles el riesgo  
que van a hallar en las aguas,  
por no arrostrar el del fuego,

y los conjura y exhorta  
a que con él revolviendo,  
noble resistencia opongan

al vencedor altanero,

y que cual valientes busquen  
con él de salud un puerto,  
no del Tesin en las ondas,  
mas de la lid en el hierro;

que allí segura es la muerte  
y aquí bien puede no serlo;  
que aquí aún les espera gloria  
y allí sólo vilipendio.

Mucho alcanza, pues consigue  
formarlos y contenerlos,  
y ya de esperanza nueva  
ve casi el rostro risueño,

cuando aterrador fantasma  
se ve venir a lo lejos  
los pendones invencibles  
de los españoles tercios.

Y olvidando que a su frente  
tienen hombre tan excelso,  
y del engañoso río  
olvidando el grave riesgo,

los esguízaros soldados,  
de pánico asombro llenos,  
buyen, al rey abandonan  
y al vado parten derechos.

El francés monarca entonces  
las lágrimas del despecho  
quemando su rostro augusto,  
quiere morir como bueno,

y vuela hacia el puente, donde  
aún resisten con empeño  
algunos fieles magnates,  
algunos nobles guerreros.

\*

Mas, ¡ay!, la suerte tremenda  
llegar le impide a aquel puesto,  
donde libertad y gloria  
iba a conseguir al menos,

pues que silbadora bala,  
de ignoto arcabuz partiendo,  
de su corcel fatigado  
rompe y atraviesa el pecho.

Vacila el bruto, retiembla,  
de sangre espumosa el suelo  
en raudo torrente inunda,  
quédase clavado y yerto.

De nieve son sus orejas,  
de sus ojos muere el fuego,  
y en grave estruendoso golpe  
desplómase con su dueño.

¡Oh dolor, yace en el fango  
el trono de Francia excelso,  
el poderoso monarca  
que juzgaba el orbe estrecho

De inconstancias de fortuna,  
grande y doloroso ejemplo,  
y de la humana soberbia  
aterrador escarmiento.

Nada hay firme en este mundo:  
valor, gloria, nombre, imperio,  
cuando una espada se empuña,  
todo queda en duda puesto.

\*

El hidalgo vizcaíno  
Juan de Urbietta, que cubierto  
de tosco arnés, en un potro  
escaramuzaba suelto,

pasa y ve bajo el caballo  
tan lucido caballero,  
que por levantarse pugna  
con inútiles esfuerzos.

No sospechando quién era,  
le pone el lanzón al pecho,  
y «Ríndete al punto -grita-  
o quedarás aquí muerto.»

Respóndele el derribado  
«Soy el rey de Francia, quedo

a tu emperador rendido,  
y heme ya tu prisionero.»

Retira Urbietta la lanza  
con el debido respeto,  
y con tan rara fortuna  
pasmado queda y suspenso.

Animado el rey, prosigue:  
«Que al punto bajas te ruego,  
que este maldito caballo  
me revienta con su peso.»

Iba el noble vizcaíno  
a darle socorro presto,  
y ya para echarse a tierra  
soltó el estribo derecho,

cuando del puente a la boca  
ve de franceses en medio  
su estandarte, y que el alférez  
solo lo está defendiendo;

y el honor de su estandarte,  
y la fe del juramento,  
mas que ansia de vanagloria  
en su alma ilustre pudieron:

«Ya señor -al rey le dice-,  
socorro daros no puedo,  
que es mi estandarte ante todo,  
y está mi estandarte en riesgo.

»Miradme, que soy mellado;  
y pues que prenda no llevo  
por que podáis conocerme,  
si a vuestra presencia vuelvo,

»miradme, que soy mellado.»  
Y alzando del tosco yelmo  
la visera, en un instante  
le mostró dos dientes menos,

y revolviendo el caballo  
al puente voló ligero,  
con el lanzón en el ristre  
de honra y de lealtad modelo.





## ROMANCE TERCERO

### UN REY PRISIONERO

Mientras el bizarro Urbieta  
va a libertar su estandarte,  
dejando la alta fortuna  
que le plugo al Cielo darle,

al rey Francisco, impedido  
de moverse y levantarse,  
porque le sujeta en tierra  
de su caballo el cadáver,

Diego Avila, el granadino,  
también hombre de armas, vase,  
y que se rinda le grita,  
decidido y arrogante.

Respóndele el rey «Rendido  
a otro español estoy antes,  
y que soy el rey de Francia  
para tu gobierno sabe.»

Sorprendido el granadino  
de aventura tan notable,  
«¿A ese español -le pregunta-  
habéis -dado prenda o gaje? »

«Le di sólo mi palabra,  
que mi palabra es bastante  
-contesta el rey-; mas si quieres  
toma mi espada y mi guante;

«y sácame del caballo  
y ayúdame a levantarme,  
que la visera me ahoga  
y esta pierna se me parte.»

Avila toma las prendas  
destilando fresca sangre,  
echa pie a tierra y ayuda  
al rey con trabajo grande,

y levántalo, y el yelmo  
le desencaja al instante

para que le dé en el rostro,  
que lo ha menester, el aire.

\*

Hita, soldado gallego,  
tosco y de toscos modales,  
con su sangrienta alabarda  
y desharrapado traje,

llega, y con poco respeto,  
ya resuelto a despojarle,  
de la insignia se apodera  
del más elevado arcángel.

Cuando llegaron a punto  
varios nobles personajes,  
que a tan feroz soldadesca  
obligan a reportarse,

enseñándoles, valientes,  
a que respeten y acaten  
a la majestad augusta,  
que, aunque vencida, es muy grande.

De San Miguel el collar  
échase al cuello el salvaje,  
con su tosquedad y harapos  
haciendo extraño contraste.

El rey le dijo: «Valiente,  
por él te doy de rescate  
seis mil ducados de oro,  
y más, si en más lo estimares.

Y contestóle el gallego:  
«Guardaréle, que colgarle  
de mi emperador al cuello  
podré yo temprano o tarde. »

\*

En esto llegaban otros  
soldados sin capitanes  
con la victoria embriagados.  
cebados con el pillaje,

y en su sagrada persona  
ponen sus manos rapaces;  
la veste del rey desgarran,  
sus preseas se reparten,

y le arebatan del yelmo  
la bandereta y plumajes,  
que la codicia villana  
no guarda respeto a nadie.

Avila, Hita y Urbietta  
(que ya en salvo su estandarte  
dejó), con vanos esfuerzos  
por defenderle combaten.

De estar el rey prisionero  
cunde la nueva al instante  
por el uno y otro campo  
con efectos desiguales.

Los franceses, caballeros  
de más valor y linaje,  
tornan a correr la suerte  
que a su rey Dios quiso darle.

Y los jefes y caudillos  
de las tropas imperiales,  
vuelan a que cese al punto  
la mortandad y la sangre.

El de Pescara glorioso  
corre ligero a la parte  
en que al rey Francisco juzga  
expuesto a villano ultraje.

Llega, del caballo salta,  
y con respeto admirable,  
hincadas ambas rodillas  
la mano quiere besarle.

No lo consiente el monarca,  
que tiene un consuelo grande  
en verse ya protegido  
por hombre que tanto vale.

Y obligándole risueño  
de la tierra a levantarse:  
«Noble marqués de Pescara,  
pues que la fortuna os cabe,

»-le dice- de tal victoria,  
os pido no se derrame  
de mis vencidos vasallos  
la desventurada sangre.

Y espero que en vos encuentren  
protector, amparo y padre,  
los franceses que se miren,  
como yo, en tan duro trance.»

De lágrimas arrasados  
los ojos al escucharle  
Pescara: «Señor -le dice-,  
vuestra súplica es en balde;

»pues la nación española,  
que logra triunfo tan grande,  
en la victoria es tan noble  
como brava en el combate.»

\*

También el del Vasto llega,  
y el rey lo recibe afable,  
y con dignidad lo elogia  
por su apostura y su talle.

Y el consuelo se divisa  
en su abatido semblante,  
de verse entre caballeros  
que tratar con reyes saben.

\*

Mas imprevisto incidente  
vino de nuevo a alterarle  
y a hacer más terrible y duro  
su destino deplorable.

De Borbón el duque altivo,  
¡desacato repugnante!,  
a su rey vencido quiere  
sin reparo presentarse.

¿Y cómo? Manchado todo  
con propia francesa sangre,  
de un valor mal empleado  
haciendo insolente alarde.

No le conoce Francisco;  
pero de pronto, al mirarle,  
dió, por un secreto impulso,  
de gran enojo señales.

Y quién era preguntado,  
como el marqués contestase:  
«Señor, de Borbón el duque»,  
puso un ceño formidable.

Y volviendo las espaldas  
con dignidad, ocultarse  
quiso entre aquellos guerreros  
porque el duque no llegase.

Notólo Pescara al punto,  
y como discreto, parte  
a evitar inconvenientes  
y allanar dificultades.

Ruega de Borbón al duque  
que el sangriento estoque envaine,  
que quite la sobreveste  
y que se limpie la sangre.

Y con él a pie se acerca:  
donde el rey inexorable  
no digna volver el rostro  
que en ira y en furor arde.

La mano el duque le toma  
de rodillas; arrogante  
la retira el rey. El duque  
tiene la audacia de hablarle,

y el monarca levantando  
los ojos como volcanes  
al cielo, en voz alta dice:  
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»

Oyendo lo cual Pescara  
hace que de allí se aparte  
el de Borbón, y de él libre  
tomó el rey a sosegarse.

## ROMANCE CUARTO

### UN ANDALUZ

Reunidos los generales  
de las naciones distintas  
que el ejército del César  
ya vencedor componían,

acatan al rey cautivo  
y le consuelan y animan,  
conducirlo disponiendo  
a los muros de Pavía.

Danle un corcel, generosos,  
con honrosa comitiva  
de franceses personajes  
que, rendidos, le seguían.

Y antes confesando todos  
con admirable justicia,  
que victoria tan insigne,  
triunfo tan grande y tal dicha

se debe tan solamente  
a la española milicia,  
disponen que España sola  
tenga la prerrogativa

de guardar un prisionero  
de tan importante estima;  
y que Alarcón el famoso

de alcaide y guarda le sirva.

\*

En medio, pues, de los tercios  
españoles, y a su vista,  
desplegadas las banderas  
de gloria y laureles ricas, -

de Alarcón, a la derecha  
el rey de Francia camina,  
esforzándose orgulloso  
en dar a su faz sonrisa.

Los escuadrones tudescos,  
que una ladera contigua  
de aquel camino ocupaban,  
al pasar la infantería

española, entusiasmados  
le hacen salva, y alta grito  
levantan hasta las nubes  
repitiendo: «¡España viva!»

Al rey suspende tal muestra  
dada por las tropas mismas  
del ejército triunfante,  
y es novedad que le admira.

Reconociendo cuán alta  
la española gloria brilla,  
pues competencias no admite  
y da admiración, no envidia.

Afable el rey conversando  
con las personas distintas  
que le cercan, caminaba  
gallardo sobre la silla.

Y al encontrar de franceses  
prisioneros las cuadrillas,  
los consuela con su ejemplo  
y con su voz los anima.

Y a los cabos españoles  
que en respeto y cortesía  
ni un solo punto desdican  
de lo que a nobles obliga,

los recomienda con tanto  
extrerño, afán y caricias  
que se arrasaban los ojos  
de cuantos allí venía

\*

En los altos de la marcha  
embarazosa y prolija,  
varios soldados de cuenta  
a ver al rey acudían

Y el rey demostraba atento,  
con delicadeza fina,  
gusto en que le presentasen  
los de garbo y nombradía.

Llegó entre tantos acaso  
Roldán, hijo de Sevilla,  
llamado el «Arcabucero»,  
mote puesto con justicia,

pues lo era tan extremado  
que nunca erró puntería,  
clavando siempre las balas  
donde clavaba la vista.

Este tal, galán y apuesto,  
de cara muy expresiva,  
de talle en extremo airoso,  
de aguda fisonomía,

con aire matón y jaque,  
calzas de majó y ropilla,  
con un inmenso chapeo  
de alas luengas y tendidas,

con su cuera y sus mangotes  
y sus frascos en la cinta,  
de recamos adornada  
y de escarcela provista,

se acerca al rey, y apoyado  
del arcabuz en la horquilla  
y zarandeando el cuerpo  
cual hombre que nada admira:

«Señor -con ceceo dice,  
y lengua, aunque gorda, viva-:

cuando mi sargento anoche  
me dijo que combatía

»vuestra alteza en este empeño,  
preparé varias cosillas: -  
los trastos que en tales lances  
cualquier hombre necesita.

»Fundí, señor, doce balas,  
que al cabo son la comida  
de esta serpiente -mostróle  
el arcabuz con sonrisa,

»prosiguiendo-: fundí, digo,  
doce balas, las precisas: -  
seis de plomo, destinadas  
a canalla gabachina;

»y las seis, muy a mi gusto  
cumplieron;-- Dios las bendiga!  
Fundí otras cinco de plata  
para gente de alta guisa;

»y en cinco ilustres monsiures  
se hallarán, no están perdidas, -  
que, ¡ vive Dios!, tal acierto  
no lo he tenido en mi vida.

»Y una fundí, finalmente,  
de oro muy puro y sin liga,  
aquí está, señor, miradla.»  
Expuso a la regia vista

una gruesa bala de oro

que en la escarcela traía,  
continuando, sin turbarse,  
con gracejo y con malicia:

«Gran señor, fundí esta bala  
para daros muerte digna,  
si en el combate de veros  
se me lograba - la dicha.

»Y ya que vuestra fortuna  
no os puso en mi puntería,  
vuestra debe ser la prenda  
que siempre vuestra a ser iba.

»Tomadla, señor, tomadla, -  
pesa dos onzas cumplidas,  
y puede que para ayuda  
de vuestro rescate sirva. »

Al rey Francisco tal gracia  
hizo aquella retahula  
del andaluz, y el despejo  
con que acertaba a decirla,

que, afable, tomó la bala,  
diciendo: «Amigo, la estima  
mi aprecio en mucho, y confío  
que os lo mostraré algún día.»

Roldán le hizo reverencia  
y vuelve a entrar en su fila,  
tan contento de si mismo  
que ni a Carlos Quinto envidia.

## ROMANCE QUINTO

### CONCLUSIÓN

Dueño absoluto de Italia  
fué el insigne emperador,  
con esta excelsa victoria  
del alto esfuerzo español.

Y cautivo el rey de Francia

vino a Madrid y habité  
la torre de los Lujanes,  
con Hernando de Alarcón.

En la plaza de la Villa  
aún dora esta -torre el sol,

coronada de recuerdos  
que el tiempo no horma, no.

De ella al cabo el rey Francisco  
rescatándose, tornó  
a ocupar el rico trono  
de la francesa nación.

Pero su rendida espada,  
prenda de insigne valor,  
testigo eterno de un triunfo  
que el orbe todo admiró,

en nuestra regia armería  
trescientos años brilló,  
de los franceses desdoro,  
de nuestras glorias blasón.

Hasta que amistad aleve  
que ocultaba engaño atroz,  
con halagos y promesas

que ensalzó la adulación,

tal prenda de un triunfo nuestro  
para Francia recobró,  
como si así de la Historia  
se borrara su baldón.

Harto indignado, aunque joven,  
esta espada escolté yo,  
cuando a Murat la entregaron  
en infame procesión.

Pero si llevó la espada,  
la gloria eterna quedó,  
más durable que en acero  
de la alta fama en la voz.

Y en vez de tal prenda, España  
supo añadir, ¡vive Dios!,  
al gran nombre de Pavía  
el de Bailén, que es mayor.

FIN DE «LA VICTORIA DE PAVIA»